

RESEÑA DEL LIBRO *RODRIGO GOMEZ, VIDA Y OBRA*

Enrique Pérez López

Fue una afortunada idea la publicación del libro *Rodrigo Gómez, Vida y Obra*, editado conjuntamente por el Fondo de Cultura Económica y el Banco de México, que prosigue y perpetúa el homenaje a don Rodrigo, iniciado hace un año en Linares, Nuevo León, su lugar de nacimiento. Es reconfortante que a la distancia de 21 años y en un medio de memorias cortas, haya quienes se preocupen por recordar la figura de un distinguido mexicano, y enaltecer sus virtudes como hombre y como funcionario público.

Dada la limitación de tiempo, sólo puedo referirme a dos o tres conceptos de cada colaboración, con lo cual no pretendo representarlas ni mucho menos hacerles justicia. Las trataré en el orden alfabético de nombres que se sigue en el libro.

Unos autores hacen hincapié principalmente en las cualidades personales de don Rodrigo; otros enfatizan las políticas de banca central adoptadas durante su gestión. Como es lógico, porque los colaboradores hicieron sus trabajos independientemente, hay algunas diferencias en

cuanto a la evaluación de los hechos económicos, derivadas de la distinta preparación, experiencia y criterio de los autores. No es verdad que los hechos hablen por sí mismos, se requiere de alguien que los interprete y esas interpretaciones pueden diferir. Se dice que no hay historia, sino historiadores.

En la introducción que el licenciado Miguel de la Madrid hace de la obra, centra el tema en estos términos:

Don Rodrigo Gómez desempeñó el doble papel de testigo y actor destacado de una etapa particularmente crucial de nuestra historia económica. Transitó el largo camino de la crisis y la inestabilidad de los años treinta; estuvo presente en la fase de recuperación y consolidación, en medio de la compleja situación de guerra y posguerra; no faltó al arranque en México del moderno proceso económico y social que nuestro país emprendió con singular fortuna a partir de 1940.

Es bien sabido que a don Rodrigo Gómez no le interesaba obtener reconocimiento personal por las medidas que se tomaran, sino que se lograran los objetivos. El licenciado De la Madrid capta muy bien este rasgo tan distintivo de don Rodrigo y al respecto hace esta significativa observación:

Don Rodrigo Gómez entendió el servicio público como la entrega incondicional a las grandes causas de la comunidad a la que se pertenece. Nunca pretendió una actuación deslumbrante ni espectacular. A la alimentación pasajera de la propia vanidad con actos vistosos, prefirió siempre el discreto y eficaz cumplimiento de los fines.

El propósito del licenciado Mario Ramón Beteta, en su colaboración "Don Rodrigo Gómez: su estilo, su tiempo", nos dice, "No es el de hacer un balance económico de una época, ni el de examinar desde un ángulo esencialmente técnico nuestro desarrollo en el lapso en que don Rodrigo Gómez fue Director General del Banco de México". El licenciado Beteta considera más bien ciertas cualidades de la personalidad de don Rodrigo y comenta algunas de las tareas que le tocó compartir con él. A mi modo de ver, el licenciado Beteta hizo algo más que eso: traza una admirable pintura de nuestro personaje, no detallada sino impresionista. Una anécdota ilustra a veces más que una teoría abstrusa, y ése era el estilo de don Rodrigo. Pero no sólo son anécdotas, sino que el licenciado Beteta, al describir su relación con don Rodrigo, expone ideas básicas sobre la necesidad de la confianza que conduce a la estabilidad monetaria, manifestada en la ausencia de inflación y

en un tipo de cambio fijo. Asimismo, subraya la necesidad de evitar la especulación en las actividades financieras y la conveniencia de mantener la vigilancia sobre la función social de la banca, que no es un negocio como cualquier otro.

Una de las preocupaciones fundamentales que tenía don Rodrigo, extra banca central, era la integración económica latinoamericana. Sobre ella nos habla don Plácido García Reynoso en su ensayo "Don Rodrigo en la integración de América Latina". Don Plácido, precursor también de esta idea en México, acompañó a don Rodrigo en esos esfuerzos desde 1953, cuando se esbozó el proyecto de un mercado común latinoamericano por la CEPAL, que culminó en el Tratado de Montevideo de 1960. Desde entonces percibió don Rodrigo con claridad las ventajas de liberar el comercio intrarregional y de la complementación industrial, a fin de aprovechar los beneficios de la división internacional del trabajo.

A promover estos fines dedicó don Rodrigo largas horas de su apremiante tiempo, pero la ALALC a la postre no fructificó como la concibieron sus creadores, principalmente por las diferencias de desarrollo económico y de voluntad política de los países participantes. Sin embargo, podría servir bien esta experiencia aleccionadora de la época de don Rodrigo, ahora que ha revivido, en esquemas más ambiciosos, la idea de la integración de México con América Latina y con América del Norte.

La colaboración del licenciado Francisco Gil Díaz, "Don Rodrigo Gómez, visionario de la economía", es de tipo teórico y presenta una versión actualizada de una teoría —enfoque monetario de la ba-

lanza de pagos— que fue originada por el economista inglés David Hume, contemporáneo de Adam Smith.

El licenciado Gil Díaz hace la importante observación de que podría considerarse a don Rodrigo Gómez como precursor de aspectos esenciales de esta teoría, en su expresión modernizada por Robert Mundell y Harry Johnson. De las extensas apreciaciones teóricas del autor, cito sólo algunos de sus conceptos sobre la mecánica inflacionaria:

Si el banco central fija o programa un deslizamiento para el tipo de cambio, no podrá simultáneamente influir sobre la cantidad de dinero. Una expansión excesiva del crédito del banco central para financiar un déficit presupuestal, se convertirá, no en un crecimiento en la cantidad de dinero, sino en una disminución de las reservas internacionales, que puede conducir a una devaluación y a la inflación. El nivel general de precios aumentará tanto como haya aumentado el tipo de cambio más la inflación internacional. Aparejado a la depreciación cambiaria y a la inflación estará un aumento en la demanda nominal de dinero, la que se nutrirá con incrementos en reservas internacionales si se restringe la expansión del crédito interno; de otra manera la expansión del crédito interno irá de la mano con el crecimiento de los precios.

Hace un año se efectuó en Linares un homenaje a don Rodrigo Gómez en el vigésimo aniversario de su fallecimiento, y en esa ceremonia el licenciado Miguel Mancera tuvo una sentida y conceptuosa

intervención, que se incluye en el libro que se comenta. En ella se realzan las virtudes humanas de don Rodrigo y como administrador, pero también el autor pone de relieve algunos aspectos claves de su pensamiento económico y financiero. Selecciono dos o tres:

Nunca habría comulgado don Rodrigo con la absurda idea de que la inflación es el precio que tiene que pagarse por el desarrollo, pero tampoco consideraba a la estabilidad monetaria como un fin, sino como un medio de fortalecer la confianza que alentara el ahorro. De allí que se opusiera siempre a la expansión excesiva del crédito del Banco Central, creando una gran liquidez interna que causara pérdida de reservas, y que al estimular la demanda agregada desequilibrara la balanza de pagos, obligando a devaluar, lo que a su vez causaría mayor inflación.

Y otra cuestión que quisiera destacar: El licenciado Mancera señala con claridad, en su colaboración, uno de los atributos primordiales de la manera de pensar de don Rodrigo, respecto a problemas económicos. Dice:

Rodrigo Gómez tenía un pensamiento muy humano. De ahí su incomodidad con las concepciones mecanicistas de la economía. Bien sabía que buena parte de las soluciones a los problemas económicos dependen de las reacciones subjetivas de millones de productores y de consumidores.

Y más adelante agrega:

Don Rodrigo no se dejó desconcentrar por los espejismos económicos. Su sentido común le impedía marearse con las falsificaciones intelectuales. En particular, se resistió a ser arrastrado irreflexivamente por algunas ideas, sólo porque estuvieron de moda.

Don Antonio Ortiz Mena, que fue Secretario de Hacienda durante el periodo 1959-1970, en su ensayo "La relación entre el Gobierno Federal y el Banco de México" analiza esta fundamental vinculación, indispensable para el funcionamiento eficiente de la política monetaria, y expresa:

Mi planteamiento a Rodrigo Gómez fue el siguiente: el Banco de México y la Secretaría de Hacienda deben cumplir, cada cual por su cuenta, con sus tareas específicas, pero con una gran coordinación. Debemos evitar la inflación. Por lo tanto, la principal meta de la Secretaría será el control del déficit presupuestal, mientras que la del Banco de México será garantizar la estabilidad monetaria.

Se trató así de reforzar la independencia y autonomía del Banco Central, para convertirlo en "La conciencia del gobierno federal en materia monetaria". Y manifiesta el autor esta idea fundamental que rigió su política monetaria:

Como secretario de Hacienda hice llegar al público el convencimiento de que, al no representar bienes y servicios reales, la emisión primaria era contraria al interés de la nación y que el Banco de México deberá abstenerse de cualquier fi-

nanciamiento no cubierto con el ahorro real de la economía.

La coincidencia de ideas sobre políticas y medidas monetarias y fiscales adoptadas, y la estrecha colaboración entre Hacienda y el Banco, fueron, sin duda, factor principal para lograr los notables resultados del periodo de alto desarrollo y baja inflación que se ha llamado "desarrollo estabilizador" (1959 a 1970). En ese periodo se alcanzaron en México las tasas reales de crecimiento económico global y por habitante más elevadas en lo que va de este siglo. Ello se logró casi sin inflación, sin exportar petróleo, sin endeudamiento externo importante y sin devaluación.

Este es el tema de mi propia colaboración "El desarrollo estabilizador: lecciones del pasado" y que se ubica en el libro después de la de don Antonio. En ella se documentan esos logros y las políticas adoptadas para alcanzarlos. Ahora sólo quisiera mencionar una consideración que allí se hace: Un factor fundamental para la obtención de los sobresalientes resultados del "desarrollo estabilizador" fue el sostenimiento de un tipo de cambio fijo realista (o de equilibrio) y la correspondiente disciplina monetaria y fiscal que exigía mantenerlo. Durante la larga vigencia del tipo fijo, México registró una inflación inferior a la mundial. Y es que la transmisión de la inflación mundial no es automática ni completa. Además, los bancos centrales constituyen un eficaz mecanismo regulador para compensar o esterilizar los efectos expansionistas del exterior sobre la reserva, reduciendo el crédito interno, causa principal de la inflación (especialmente préstamos excesivos al gobierno) lo que mantendrá la oferta mone-

taria total dentro de límites no inflacionarios. Y esto fue lo que se hizo durante la época de Rodrigo Gómez. Es decir, se tenía un enfoque pragmático respecto al ajuste de la balanza de pagos, que comprendía ideas de varias teorías. Se consideraba que las influencias causales entre reservas, circulante monetario, demanda agregada y precios, no van exclusivamente en una dirección; que hay acción y retroacción; y que no hay variables completamente endógenas o exógenas. En este sentido, fueron y son instrumentos valiosos para orientar la política monetaria el análisis básico de la teoría cuantitativa del dinero y el de la paridad de los poderes adquisitivos, que es su extensión al ámbito internacional. “La función del análisis económico —decía Alfred Marshall, fundador de la economía neoclásica, en sus *Principios de economía*— no es forjar unas pocas cadenas largas de razonamiento, sino forjar correctamente muchas cadenas cortas con eslabones simples de conexión”.

Las colaboraciones de los licenciados Gustavo Petricioli, “Semblanza de un gran mexicano”, y Jesús Silva-Herzog, “Los aspectos internacionales en la vida de Rodrigo Gómez”, dos de “sus muchachos” —como él los llamaba afectuosamente— que llegaron a ocupar puestos de la más alta jerarquía en la administración pública, se dirigen principalmente a analizar las virtudes humanas de don Rodrigo. Así, el licenciado Petricioli enfatiza, por ejemplo, su aspecto de forjador de hombres, y nos dice:

La obra completa de don Rodrigo podemos observarla e incluso medirla, desde muchos puntos de vista y bajo distintos ángulos. Pero

quizás su aspecto más trascendente fue el haber sido formador de hombres, formador de funcionarios públicos. Siempre con la vista en el futuro, puso especial empeño en forjar caracteres, y en dar ejemplo y apoyo a las nuevas generaciones.

El licenciado Silva-Herzog, además, confirma el espíritu integracionista de don Rodrigo y relata que:

Don Rodrigo se convirtió en un entusiasta impulsor de la integración, tanto en México como en otros países latinoamericanos. Lo hizo con su inalterable convicción de que el porvenir fecundo de América Latina no es compatible con el aislamiento económico y con el individualismo nacionalista de cada país. Reconoció, desde el principio, la necesidad de contar con una clara voluntad política por parte de los gobiernos, y en diversas oportunidades subrayó el papel preponderante que habrían de jugar los empresarios y el sector privado.

El licenciado Leopoldo Solís, en su colaboración titulada “La labor promocional del Banco de México en tiempos de Rodrigo Gómez”, aborda otra de las preocupaciones importantes de don Rodrigo, que no precisamente encuadraba dentro de las funciones propias del Banco Central. Esa preocupación era la de hacer llegar mayores recursos financieros, a tasas de interés inferiores a las del mercado, a actividades prioritarias, como la agricultura, la vivienda popular, la exportación de manufacturas, la pequeña y mediana industria y el turismo.

Para ello promovió don Rodrigo la formación de los Fondos de Fomento Económico, que provistos de recursos principalmente del gobierno federal y del exterior, redescataban papel a las instituciones financieras privadas, que a su vez otorgaban directamente créditos a los usuarios. Y el gobierno tenía la garantía de esas instituciones para la recuperación de los financiamientos. La canalización selectiva del crédito mediante estos Fondos —explica el licenciado Solís— permitió asignar más eficientemente los recursos prestables para el financiamiento del desarrollo económico, y “no solamente contribuyeron al desarrollo de los sectores productivos, sino también al crecimiento de todo el sector financiero de México”.

Este es el libro que acaba de salir. Una reflexión final: al repasar las colaboraciones destaca el hecho de que todos los autores coinciden en reconocer la gran capacidad de don Rodrigo para desentrañar complicados problemas económicos, simplificar complejas teorías, y situar todo en una perspectiva más amplia, que tomara en cuenta las circunstancias políticas,

sociales y aun psicológicas. ¿Cómo lo lograba?

Recordé entonces algo que leí hace muchos años; algo que Frank Knight —uno de los fundadores de la Escuela de Chicago, maestro de Milton Friedman, de George Stigler y de James Buchanan, entre otros laureados economistas— les dijo a los miembros de la American Economic Association, en su discurso presidencial de 1950. Dijo esto:

No hay requisito más importante para pensar claramente en economía, que reconocer su lugar limitado entre los intereses humanos en general.

Y agregó:

El hecho fundamental es que la mayor parte de las cosas realmente importantes que la economía enseña, son cosas que las gentes verían por ellas mismas, si sólo quisieran verlas.

Yo creo que don Rodrigo pensaba así; por eso era tan buen economista.